

nitud no puede hoy averiguarse; mas lo inerme del sitio, contra los ejemplos vecinos de Granada é Ilurco, previene mal para que le demos origen remoto. Al contrario, el abrigo de la sierra que por septentrión se alza, la fertilidad del campo vecino y sobre todo su manantial de aguas medicinales, bastarían á justificar prosperidad en días tranquilos, como los de la decadencia romana, á que precisamente corresponden dichos vestigios, según acreditan muchos signos cristianos y bronce de Maximiano, Constancio II y Arcadio. Además, aprovechados como materiales en un lugar de entonces, halláronse trozos de ara, una pequeña esfinge en relieve y otra piedra con el nombre de Domiciano, así como cierto mármol con dedicación á Antonino Pío servía de escalón en una casa de moros, y también romanas eran las grandes columnas de su mezquita (I). Con todo, ignoramos el nombre clásico de Élvira, que es de esperar declare algún día otra inscripción; mientras tanto hemos de atenernos al de Castilla ó Castila, indudablemente latino, á que autorizan los textos árabes.

28 Octubre 1904.

M. GÓMEZ-MORENO M.

---

III.

*NAPOLEÓN I Y NAPOLEÓN III,*

POR

D. JOSÉ BAÑARES Y MAGÁN.

Es estudio histórico efectuado con la sobriedad de exposición que corresponde á una obra, cuya amplitud resulta escasa, si se la relaciona con la importancia de los sucesos en que intervinieron con acción directiva los dos emperadores franceses.

Sin duda, requería tal labor una amplia extensión, fundada en

---

(1) Sobre esto véase la monografía ya citada de mi señor padre, *Medina Elvira*.

el conocimiento profundo de los dos períodos napoleónicos. Basta considerar la influencia que los gobiernos de uno y otro monarca ejercieron, no solo en el estado social, en el progreso, en el cumbramiento y vicisitudes de la nación vecina, sino en la forma con que se desarrollaron en el mundo entero interesantes acontecimientos, para que bien se advierta la conveniencia de un detenido examen y de una apreciación justa que sirvieran de base á serena é imparcial crítica.

Más modesto el trabajo á que me refiero, contiene reducida descripción de acaecimientos históricos transcendentales en los órdenes social, político y militar, sin que las más veces vaya ella acompañada del comentario juicioso á que, por su condición, pudiese dar motivo legítimo.

Dedica el Sr. Bañares, la parte primera de su tarea al gran caudillo, y en un total de 103 páginas expone con sobria narración los sucesos en que se destaca Bonaparte desde los primeros años de su vida hasta que terminó sus días en apartada isla oceánica.

Encuentro yo muy breve este trozo del libro, porque apreciando las metamorfosis que de 1796 á 1815 se operaron en Europa, y los trastornos ocurridos cuando desaparecieron la República jacobina y el Directorio sirvió el Consulado de escalón al Imperio, se derrumbaron tronos y sufrieron perturbaciones considerables Estados importantes, adelantándose, retrasándose ó anulándose por completo tradicionales fronteras, según la voluntad ó el capricho de triunfante Capitán, aparece razonable que se aplicara análisis concienzudo para ofrecer al público un estudio comparativo entre dos ilustres personalidades, cuya soberanía comprende períodos agitados é interesantes donde halla el escritor sucesos esclarecidos en su conjunto y pormenores por abundante y selecta copia de trabajos, enriquecidos sobre todo en reciente fecha con multitud de volúmenes que arrojan esplendorosa luz sobre las figuras de los dos emperadores.

Contenido el relato dentro de estrecho marco, se notan algunas omisiones y ciertos errores en la descripción de hechos que, al ser iluminados por moderna y escudriñadora investigación, cambian de concepto y de forma. Y con el fin de no insistir en

este particular, me limitaré á exponer, pues, que se trata de asunto que á España concierne, que el autor no se inspiró en una perfecta exactitud al afirmar que en el gran ejército organizado para invadir á Rusia en 1812 había tropas de muy diversas naciones; pero que en sus filas no formaban españoles, porque el Marqués de La Romana se había embarcado en Dinamarca en buques ingleses con rumbo á España, al tener noticia de su glorioso levantamiento.

Sin profundizar en el asunto, que magistralmente trató el señor general Gómez de Arteche, diré que esto es cierto por lo que atañe al núcleo principal de aquel cuerpo de tropas, mas no por lo que concierne á todos sus elementos orgánicos. Restos, y no poco considerables, de las fuerzas de La Romana, pertenecientes en gran parte á los regimientos de Guadalajara y de Asturias, que fracasaron en su brioso empeño de abandonar la isla de Zelandia, sirvieron de base y núcleo para formar el regimiento «José Napoleón» que, organizado en el año 1810, asistió á la campaña de Rusia, peleando bizarramente á las órdenes del general Friant y del príncipe Eugenio en las márgenes del Moscowa y en las heladas estepas del inmenso teatro de operaciones. En una de las ocho caras de la columna erigida en el sitio que ocupó el gran reducto del campo de batalla de Borodino hay una inscripción que menciona á España en el número de los países que formaron el contingente del ejército que la tradición popular llamó «de las veinte naciones». Así lo consignó Rambaud en su libro *Moscou-Sébastopol*, y lo hizo también resaltar Boppe en su obra *Les espagnols à la grande Armée*.

Más extenso examen que al primer imperio francés dedica al segundo el Sr. Bañares. El libro que informo sigue al príncipe Napoleón en sus azarosos pasos de la mocedad, deteniéndose en el relato de las intentonas fracasadas en Estrasburgo y en Boulogne, pobremente fraguadas en ambicioso cerebro mal gobernado en años juveniles. Según señala discretamente el Sr. Bañares, el sobrino del insigne Emperador dirigió su conducta con mayor cautela y acierto, ganados en la soledad de una prisión, cuando desapareció en Francia la monarquía de Luís Felipe. Y

adquiriendo entonces el relato más relieve traza la acción sigilosa y astuta con que el Príncipe, miembro de la Cámara y servidor de la República, supo alcanzar la Presidencia y elevarse poco después al trono.

El escritor describe en 256 páginas el gobierno del segundo Imperio, la influencia que ejerció en Francia y en Europa, las miras que tuvo Napoleón III, su política é intervención en los asuntos que se ventilaron por aquel tiempo, afianzando unas veces la monarquía merced á éxitos venturosos, y rebajando su reputación y crédito cuando la fortuna esquiva no favoreció sus planes, para caer maltrecho, derrotado y prisionero en campaña infeliz, mal concebida y peor ejecutada.

Destina el Sr. Bañares 22 páginas solamente en la última parte de su obra á establecer una comparación entre el primero y segundo Imperio y á consignar un brevísimo juicio de Napoleón I y de Napoleón III. Y á mí me ocurre que bien habría hecho el autor en extender la crítica de los dos emperadores franceses que, si pudieron semejarse en aspiraciones y aun en el modo de conseguir la soberanía, difirieron esencialmente en su condición, en su carácter y en la índole de los procedimientos que uno y otro emplearon para la obtención de sus fines.

Nacido Bonaparte en clase social que, si no era humilde, distaba mucho de ser preeminente; educado en ambiente de hostilidad á Francia que, por fuerza de armas, sojuzgara á Córcega, sus talentos, su resolución y sus excepcionales aptitudes militares, acreditadas en una época que maravillosamente se prestaba á la elevación de quien poseía dotes grandes de ingenio y de iniciativa, llega pronto á encumbrada categoría, y cuando en 1796 ocupa el cargo de general en jefe del ejército de Italia, arrinconado entre los Apeninos y el mar, despliega aquellas extraordinarias dotes estratégicas que asombraron á Europa. Altas montañas parecen humillarse para dar paso á los hambrientos soldados franceses que, rápidos como el rayo, corren á Montenote, á Milésimo, á Deigo y á Mondovi, para arrollar con súbitos golpes á piemonteses y austriacos, empujándolos sobre distintas bases de operaciones, con que muy luego se aparta el rey

de Cerdeña de la alianza con Austria. Y sin detenerse un momento persigue el general victorioso á los imperiales, los bate en Lodi y domina el paso del Adda; entra triunfante en Milán; vence sucesivamente á los ejércitos de Beaulieu, de Wurmser y de Alvnizy; con actividad prodigiosa deshace los planes elaborados por el Consejo áulico de Viena, que aún entorpecen más la acción de los aturdidos generales austriacos; con inteligencia sublime emplea líneas interiores y movimientos rápidos de concentración para desbaratar columnas separadas por accidentes geográficos insuperables. Y con eso ceden en Lonato, en Castiglione, en Arcola, en Rívoli, en las orillas del lago de Garda, en las márgenes del Adigio y en las gargantas del Brenta, las arcaicas maneras de operar y de combatir, sin que las plazas de guerra, y la misma Mantua, donde se encierra un ejército entero, puedan paralizar las brillantes concepciones del eximio caudillo.

Y en aquel propio teatro renueva Napoleón sus glorias en 1800. Con astucia suma organiza y reúne á las calladas, y como por encanto, un ejército llamado de reserva que, desembocando por los Alpes, se coloca á retaguardia de las tropas de Melas para decidir la suerte de la guerra en una sola batalla, la de Marengo, hábilmente prevista y preparada por el genio.

Me fijo en estas luchas del Norte de Italia, porque ellas me llevan, como por la mano, á comparar hombre con hombre, sistema con sistema. Napoleón III, que para encumbrarse al solio tuvo seguro pedestal en la memoria del gran Emperador, peleó también allí; pero ¡qué diferencia entre unas y otras campañas!

El organizador habilísimo de fin del siglo décimooctavo, el estratego admirable de 1796 y 1800, no halla parecido alguno en el caudillo francés de 1859. En esta fecha se organiza con lentitud, no existe plan estratégico que encamine las operaciones á objetivos decisivos; en Magenta y Solferino señorean los aliados el campo de batalla, y luego ocupan territorios que el enemigo cede voluntaria y sosegadamente: faltando al choque elevado pensamiento que prepare resultados importantes, el éxito logrado tras rudo batallar no va seguido de las consecuencias que proporcionan á Napoleón I espléndidos triunfos.

Y es lícito suponer que la paz de Villafranca fué más apetecida por el emperador francés que por su competidor, porque las victorias franco-sardas no tanto se debieron quizás al supremo acierto de los vencedores cuanto á errores y deficiencias grandes de los vencidos.

En otro teatro de operaciones pelearon también los dos soberanos, cuyos reinados compara el Sr. Bañares. En el suelo francés luchó briosa y diestramente Napoleón I á principios de 1814: en el mismo territorio Napoleón III en 1870. Combatió el Capitán insigne contra una coalición que esfuerzo humano era incapaz de contener: cual fiera acorralada en tumultuosa cacería se defiende dando frente á todas partes y causando terribles daños á sus enemigos; y, si al cabo sucumbe, inflige antes duros escarmientos revolviéndose alternativamente contra los ejércitos llamados de Bohemia y de Silesia, y realizando en el mes de Febrero contra los cuerpos de Blücher, desparramados en el valle del Marne, una de las operaciones militares más hermosas que registran las páginas de la Historia.

Por doloroso contraste, Napoleón III es arrollado en todos los encuentros de la guerra de 1870: sin previsión para organizar, sin cálculo para apreciar la fuerza del adversario en relación con la propia, no teniendo á su lado quien supla, merced al método y al saber, los esplendores del genio, allá va arrastrado por los acontecimientos, cayendo al cabo tristemente en Sedán ante la violenta acometida de los alemanes que le cercan con círculo de espantoso fuego, y ante las infelices disputas de sus generales que le conducen sin rumbo fijo de uno á otro sitio del campo de batalla con plena anulación de su poder soberano, que únicamente ejerce á última hora para levantar bandera blanca, cuando ya perdido todo piensa en librar de tremenda catástrofe á su aniquilado ejército. Ejemplo evidente de que, si en medio de los triunfos el monarca entusiasmo y enardece á las tropas, resulta, por el contrario, perjudicial su presencia en horas de vencimiento cuando no alberga en su cerebro la inspiración del genio, y en su corazón los alientos del capitán.

¿Quiere todo esto decir que Napoleón III fuese hombre vulgar y

desprovisto de cualidades distinguidas? En manera alguna lo creo yo, discurriendo al igual que el Sr. Bañares. Gobernante hábil y acomodaticio, dió tranquilidad, crédito y brillo á Francia en período no corto de su monarquía; y si los errores que cometió en América y en Europa, su defensa exagerada del principio de las grandes nacionalidades, no hicieran declinar después la influencia política del Imperio, habría terminado sus días en el trono con su prestigio y reputación. Su carácter mañoso y dúctil difirió mucho de la condición ruda, violenta, altanera é implacable del gran Emperador, poco acomodada para sostener las expansiones de una ambición que sobresalía en grandeza á cuanto cabe realizar en el mundo. Mas, así como Napoleón I desde el comienzo hasta el fin del reinado impuso su voluntad avasallando á todos con su talento excepcional, Napoleón III vióse arrastrado muchas veces por los sucesos é impelido por ajenas aspiraciones. Engañada Francia por su riqueza y por el recuerdo de pasadas glorias, conceptuábase superior á todos los pueblos del universo, y miraba con desdén á sus vecinos del Oriente que, más cautos y previsores, se apercebían para vencerla y dominarla. Napoleón III fué conducido á la guerra en 1870, más acaso que por el imperio de su albedrío, por el impulso de un pueblo obcecado y jactancioso y por la fascinadora confianza en el vigor y efectivo del ejército que le hicieron concebir torpes consejeros.

En vano desde Berlín anunciaba proféticamente el agregado militar barón de Stoffel que Prusia estaba muy preparada y resuelta á aceptar ó promover la lucha, y daba patriótica voz de alarma señalando el peligro y la inferioridad material y moral de su patria con respecto á los apercebidos alemanes. Todo inútil: la nación francesa, entretenida y embaucada con frívolas declamaciones, sin preparación adecuada, se lanzó locamente á la empresa que había de producirle inevitable desastre.

En resumen: la obra de D. José Bañares es recomendable y digna de aprecio, aunque no llena las condiciones requeridas para optar á los beneficios del Real decreto de 1.º de Junio de 1900.

Madrid, 11 de Noviembre de 1904.

JULIÁN SUÁREZ INCLÁN.